

JULIO ACINAS



Trabaja desde hace siete años en Linklaters, como abogado especializado en Derecho administrativo y sectores regulados. También ejerce como profesor en el Máster de Acceso a la Abogacía del C.U. Villanueva, desde el año 2014. Siente una pasión creciente por la literatura, que ya le ha dado alguna alegría y que considera el mejor instrumento para observar y contar la vida.



IMPULSO ANIMAL

Se enfadó como cuando él compraba ostras fuera de la temporada navideña o chocolate con azúcares añadidos. Intuía que disfrutaría más del error, pero le incendiaba su imperdonable torpeza, tantas veces reprendida. Caminó hacia la cocina, sorteando la escalera que subía al ático. Era su tradicional ruta de la ira: ir y volver del salón a la cocina. Cuanto más se alejaba, mejor se la escuchaba desde el salón. La vecina se había quejado varias veces de sus gritos, pero consideraba que esa era la única forma de demostrarle fortaleza y, en definitiva, de que él la escuchase. Era la Carolina Marín de la vida conyugal.

Vivían en un dúplex con terraza, que él había comprado para recuperar el ánimo cuando se separó de su primera mujer. El apartamento se situaba sobre otro dúplex con jardín. A ella no le gustaba nada aquella ubicación estratégica, sobre todo porque la casa de los vecinos era tres veces más grande y ella podía ver las ostentosas flores del jardín impropio desde su dormitorio. Su piso era el tábano sobre la margarita, la chimenea de un yate. Y llevaba impreso el

estigma del divorcio. Por lo menos, les quedaba la terraza, su pequeño oasis con parasol y tres lucidas macetas. Allí disfrutaron hasta que los trillizos de los vecinos terminaron de perfeccionar su máquina de ruidos.

Él lo sacó de la caja y lo agarró con una sola mano, como si fuera un trapo. Ajeno a sus vociferaciones, la siguió hasta la cocina, que, en esa época del año, era un horno con mesa y fregadero. Ella negaba con la cabeza y sus brazos aleteaban en el aire desacondicionado, como si nadara a contracorriente en una piscina de aliento. Su cara estaba encendida, presa del verano de Madrid y de una ansiedad exprés que solo los *millennials* podían comprender.

El primer plano del cachorro la enmudeció. El perro, una bolita negra, temblaba de miedo, con el hocico revolucionado y los ojos húmedos y chispeantes como una Coca Cola recién abierta. Ni siquiera los niños de la guerra le inspiraban tanta ternura y compasión. «No lo agarres así, bruto. Trae». Él se lo entregó y resopló a medio camino entre el alivio y la queja. «Si mañana vas a adoptar a un refugiado sirio, avísame antes, por favor», añadió ella. Él no dijo nada. Se limitó a desabrocharse la camisa para cortar cuanto antes su hemorragia salina. Sudar era para él desangrarse.

Lo envolvió en sus brazos, como hacía con los bebés de la guardería en la que trabajaba cada mañana. Entonces, el perro apoyó su cabecita sobre su pecho y ella pudo sentir por unos segundos el palpito del hijo inexistente... Y le miró a él, en un gesto de reproche melancólico que su marido no supo descifrar del todo. Él seguía sin saber responder al eterno interrogante de la descendencia. Arrastraba ciertos remordimientos porque, llegado el momento, trataba de fecundarla con la misma convicción con la que una canoa se precipita por una catarata. En los minutos de la verdad, incluso con luna llena y por muy fuerte que embistiera, le sobrevenía una duda abstracta que no se correspondía con su bravura, y estaba convencido de que aquello había intoxi-

cado el proceso de algún modo. Esa misma sensación indeterminada ya le atravesó como un rayo el día de su boda, pero sus amigos le aclararon en aquel momento que era normal a partir del segundo matrimonio. «Una chica diez años más joven, separación de bienes y la suegra bien lejos», le había recomendado su jefe de la época. Y él había obedecido tácitamente.

El perro se había acomodado en la nube de sus pechos hasta el punto de entrecerrar los ojos. Ella continuó meciéndolo, con su infalible balanceo profesional, hasta que se hubo dormido completamente. Entre tanto, él se había tirado en el sofá y miraba despreocupado la televisión. «¿Has pensado dónde va a dormir, qué va a comer y beber?», dijo ella. Él dudó y ella volvió a enfurecerse. «Muy típico de ti». Él rio con la ironía de los jugadores amonestados, pero ella sabía cómo tratarle. «Vivirá con nosotros, pero será responsabilidad tuya hasta que se muera. Lo has entendido, ¿no?». Él levantó el botellín de cerveza en señal de paz, sin retirar la vista del televisor. El perro estaba a su nombre, al igual que el coche, el ático y hasta las cervezas. «Apaga eso, maldita sea. Vas a despertarle». Acordaron que ella iría a comprar su cama y comedero a cambio de que se llamase Sergio, que era el nombre que ella siempre quiso ponerle a su hijo.

Ella no tardó en darse cuenta de que Sergio apenas ladraba. Tampoco babeaba, ni sacaba la lengua más que cuando estaba muy cansado, su cola indicaba su estado de ánimo con la precisión de un barómetro y tenía una mirada curiosa, con las pupilas hipersensibles a la vida, en constante movimiento cual aceitunas a punto de ser centrifugadas. Prestaba más atención a los niños que a los otros perros y le gustaba ojear las fotografías de las revistas a las que ella era adicta desde los quince años.

Él disfrutaba viéndole en el umbral de la puerta de la cocina, esperando a su autorización para entrar. Sergio era prudente y sabía que no convenía acercarse a él cuando

dormía la siesta o estaba comiendo, si no quería llevarse un buen puntapié. También era tranquilo. Daba la impresión de que perseguía la pelota de tenis o el enésimo palito de madera para contentar a su dueño los fines de semana. Tampoco le gustaba olisquear a otros perros, y más bien se sentía angustiado cuando los demás animales lo abordaban en la calle. Cuando él le paseaba, solía abusar de la correa, a pesar de que Sergio no la necesitase ni para cruzar la calle. Tirar de ella para corregir su dirección le relajaba aún más que el tabaco negro que mascaba a escondidas en el parque.

Lo que más le gustaba a Sergio era escuchar a Norah Jones, acompañada por el tímido tarareo de ella, y quedarse quieto, sentado en el centro, mientras la bañera se llenaba lentamente, hasta formarse alrededor de su cabeza los cerros de espuma que luego ella esparcía por todo su cuerpo, como si le untara de mantequilla. A él le disgustaba que el perro utilizase su misma bañera, pero ella se mostraba contundente: «no sé de qué te quejas, si tú dejas más pelos».

Ella fue estrechando su vínculo con Sergio. Llegaron a pasar juntos todas las tardes, hasta el punto de que ella se distanció de sus amigas más íntimas. También los fines de semana se hicieron inseparables y él comenzó a desesperarse. El colmo fue que ella dejara de rascarle la espalda mientras veían el telediario, el ciclismo o los documentales. Hubo un tiempo en que sus dedos se perdían entre el vello de su espalda durante largas sesiones vespertinas, como mariposas atrapadas en los arbustos de un precipicio. De pronto, a ella ya no le apetecía, pero sí acariciaba la panza del chucho con fruición. Él no protestaba abiertamente. Tras lanzar varias indirectas, siempre inadvertidas por ella, se levantaba emitiendo un ronco gruñido y abandonaba el salón de un portazo incomprendido.

Algunas tardes (sobre todo, en invierno) se quedaban en casa viendo películas, y a ella le sorprendía lo atento que Sergio miraba el televisor. Lo pasaba en grande ponién-

dole películas de terror y observando sus reacciones: a veces Sergio se ponía tan nervioso que comenzaba a dar vueltas detrás del sofá, como un novio impaciente, o se tumbaba en el suelo tapándose los ojos con las patas delanteras.

La primera gran discusión por Sergio la tuvieron porque ella se empeñó en gastarse 2.000 euros para llevarlo a un lujoso *spa* canino de Londres. Lo había descubierto en una de sus revistas. Ella insistía en que Sergio había puesto hasta tres veces su pata delantera izquierda sobre esa página, y en que era zurdo y sabía muy bien lo que hacía con esa pata. Él estalló. Le gritó que se estaba volviendo loca y se alejó refunfuñando, y dando sus ya clásicos portazos y bruscos manotazos a las paredes. Ella se desvió de su tradicional ruta de la ira para perseguirle hasta el dormitorio. Golpeó su espalda como quien quiere derribar de nuevo el muro de Berlín. «Primero lo traes a casa sin previo aviso, luego te desentendes y ahora tienes celos. ¿Y te parece normal tu comportamiento?». Él explicó atropelladamente que un perro era un perro y que el suyo «ni siquiera sabía ir a recoger un hueso». Ella se indignó y le llamó «imbécil», dejando claro que un perro «no es un periquito, al que baste con ponerle agua y alpiste una vez al día». Él insinuó que 2.000 euros era lo que ganaba ella en medio año, lo que le sacó de sus casillas: «Ya está el macho alfa poniendo los huevos sobre la mesa. Pues nada, nos lo gastaremos en la próxima final de la *Champions*». Él se sintió humillado y, en un impulso incontrollable, agarró el frasco de perfume femenino del tocador y lo estrelló contra el suelo, como un antidisturbios con su gas lacrimógeno.

Sin decir nada, se marchó al salón a ver el fútbol y consumió la tarde de domingo insultando a los árbitros. Ella se tiró boca abajo en la cama, y permaneció allí tendida hasta el anochecer, sollozando como una niña sin helado, mientras Sergio la observaba sin mover un músculo. Ambos, envueltos en el intenso vapor de la esencia derramada. Los

gritos de él, filtrados a través de las paredes, se confundían con inquietantes ladridos y rugidos, forzando a Sergio a adoptar las mismas posturas que cuando veía películas de terror. Tras aquel disgusto, ella se había visto obligada a abandonar su perfume de toda la vida. «Ahora las rosas me dan taquicardia», le confesó a Sergio. Incluso tuvo que tirar a la basura, según lo recibió, el ramo de rosas sin nota que él le regaló para disculparse. Él nunca lo echó en falta.

Desde aquel día, Sergio vigilaba de cerca su descanso. Ella no se dio cuenta hasta que, desvelada en mitad de la noche por los salvajes ronquidos de su marido, vio el brillo líquido de sus ojos clavados en los suyos. Más de una vez, cuando los ruidos nocturnos se volvieron insoportables, ella y Sergio acabaron durmiendo juntos sobre el sofá del salón, con este último convertido en una cálida almohada que respiraba.

Ella insistió en celebrar los cumpleaños de Sergio, y a él le costó un mundo convencerla de que no era necesario invitar a nadie más a esa fiesta. A cambio, había accedido a participar en lo que él consideraba un paripé. Incluso entonaba el cumpleaños feliz, descarrilando la voz por sus cuerdas vocales, como cada vez que intentaba cantar. Lo curioso era que Sergio lograba mantenerse quieto delante de su tarta de carne y huesos triturados.

La última vez, él tuvo que frotarse los ojos varias veces, pues le pareció que Sergio había soplado la vela de un ladrido (prácticamente su único ladrido en todo el año). Él miraba la corona de cartón sobre la cabeza del animal y, mientras el entusiasmo de su mujer se inflamaba, se preguntaba si aquello había sido un ladrido o un estornudo, si había sido algo fortuito o, por el contrario, había mediado una clara intención de apagar la vela, y, en tal caso, si el perro habría pedido su deseo antes y si ese eventual deseo suyo no hubiese sido verle desaparecer a él. Miraba la corona «imantada» a su cabeza y se cuestionaba si, más que un perro, no era una versión descafeinada de los *velociraptores* de Spielberg y ya le

había destronado de su propia casa. Solo el estruendo de los niños de abajo apagó aquel incendio en su azotea, iniciando otro en la de su casa.

El mismo día que Sergio amagó con tomar conciencia de su cumpleaños, se desató la tormenta perfecta. Por lo menos diez niños se habían instalado en el jardín durante la semana. Incluso en las fases más tranquilas, sonaban igual que cien columpios oxidados azotados por un huracán. Aquello había sido tolerado con dificultad por ella, hasta que los gritos descontrolados comenzaron a perforar el cumpleaños de Sergio. Ella enfureció desde su terraza. Reprendió a los niños como nunca lo habían hecho sus padres y, en consecuencia, discutió agriamente con los vecinos, que la acusaron de «ser una amargada» y, más en particular, de no «permitir a los niños disfrutar de su infancia». La pasividad de él ante aquel incidente abrió la brecha definitiva entre los dos. Tuvieron una acalorada discusión a puerta cerrada en el dormitorio, que él zanjó con un bofetón que recordó a uno de sus portazos.

Ella tardó en marcharse de allí porque no se atrevía a fugarse con Sergio y tampoco quería dejarlo en manos de esa mala bestia. Pero al tercer día que Sergio le negó su tradicional baño de espuma y ladró más de la cuenta, reunió fuerzas suficientes para hacer las maletas y comenzar una nueva vida con otras mascotas de gustos menos intermitentes. Y pensó que tal vez los niños ajenos de la guardería volverían a bastar. Él tuvo que hacerse cargo de Sergio y lo hizo a su manera. Le rebautizó «Islero» y compró una correa nueva que le colocaba antes de salir de casa y ni siquiera le aflojaba en los parques, como si tuviera miedo de que se escapase. Aunque el perro era demasiado manso para su gusto, seguía siendo muy obediente. Le fue cogiendo cada vez más cariño e incluso compartían pienso durante los partidos del Madrid. Lo sentía, por fin, propio.

Al cabo de unas semanas, él se echó una nueva novia. Quiso esperar antes de llevarla a su casa, pues le acomplejaba vivir con un perro. Pensaba que la casa olería mal, o que habría pelos, o restos de comida, o que ella se asustaría, o él, con su mascota, daría la imagen de un divorciado amargado, un náufrago social... «Islero: te presento a mi novia». Rió, satisfecho, porque la notaba contenta de estar allí. Sergio se dejó acariciar por las buenas intenciones, dócil, apagado. Sin ella, parecía un gato castrado, un juguete electrónico desconectado de la corriente. Y la recién llegada terminó de aspirar la última gota de esperanza.

Después de comer, los nuevos amantes se retiraron al dormitorio, pero sus acalorados lengüetazos vespertinos fueron interrumpidos por una fugaz sombra que atravesó su desnudez. Luego se escuchó un estruendo y, finalmente, gritos de pánico de distintas edades. Él corrió a la ventana y vio a Sergio, o lo que quedaba de él, extendido sobre la mesa del jardín de los vecinos. Niños y adultos lloraban salpicados de Fanta, fragmentos de tarta de chocolate y sangre. Sergio había tomado impulso en una última descarga. Empujado por los cánticos infantiles, había saltado con todas sus fuerzas por la terraza. Había sobrevolado el florido jardín ajeno hasta aterrizar sobre la fastuosa fiesta de cumpleaños de aquellos trillizos. Esta vez fue Sergio quien torpedeó su celebración, en una venganza improvisada.

Él estuvo horas pensando en la escena en la que Sergio parecía soplar su vela de cumpleaños. Tenía la secuencia clavada en su recuerdo, pero no lograba rescatar un solo indicio de voluntad de aquella mirada canina coronada. Ya de madrugada, tras el interrogatorio, se le acercó uno de los policías. Él aprovechó la ocasión para preguntarle, con la voz entrecortada: «entonces, ¿usted cree que se ha suicidado?». El policía le esposó sin contestar.